

# Tariq ibn Ziyad al-Layti , el guerrero olvidado

**Orgullo del mundo árabe e islámico, en las orillas de Andalucía, centinela del Mediterráneo, quedó para siempre el emblemático accidente costero que lleva su nombre.**

28/12/2009 - Autor: Rafael de la Morena - Fuente: Prensa Latina

La historiografía recoge la vida de famosos generales, en su mayoría de las potencias europeas, pero se obvia a guerreros de otros países, por cuya participación en los hechos merecen un lugar destacado. Es el caso de Tariq ibn Ziyad al-Layti.

Este soldado, de origen bereber, nació el 15 de noviembre de 679, año 57 de la Hégira del Profeta, por el calendario musulmán. Desde niño vivió en contacto con una naturaleza, las montañas del Rif marroquí.

Veteranos maestros le entrenaron en la carrera de las armas. También recibió las enseñanzas del Corán y de la cultura árabe, entonces en pleno auge y desarrollo.

Peleó en luchas intertribales, combatió contra las incursiones de partidas cristianas que salían de bases del noroeste de Africa, integró expediciones navales por el Mediterráneo, en enfrentamientos con las flotas de los reinos bárbaros de Europa, y contra las del Imperio Bizantino en el sureste del viejo continente.

Perteneció a destacamentos de caballería, encargados de la defensa costera entre el mar de Alborán al oeste y el golfo de Sirte al este.

Avezado en el uso de todas las armas: espada, lanza, arco y flecha, lucha cuerpo a cuerpo, y además experto jinete, escaló con rapidez en el escalafón del Ejército del Califato Omeya de Damasco. El valí de Ifriqiya, (Túnez), Musa ibn Nusair, confió en su capacidad militar y le nombró gobernador de Tingis (Tánger).

En esos momentos existían dos bandos en disputa por el poder en la península ibérica: el del usurpador Don Rodrigo y el del considerado con verdadero derecho al trono, Agila II, hijo del fallecido monarca visigodo Witiza.

Esta facción nobiliaria, los witizanos, pidió ayuda a Musa ibn Nusair a través del conde de Septa (Ceuta), el godo Olbán o Julián, quien gobernaba sobre una zona poblada por bereberes. Ese noble, además, tenía una cuenta pendiente con el monarca hispano, que había deshonrado a su hija.

Musa ibn Nusair ordenó a su lugarteniente Tariq seguir los pasos de Tarif ibn Malluk, primer oficial árabe en realizar una expedición de tanteo al otro lado del estrecho. El 30 de abril del 711 partieron desde el promontorio de Abila, junto a Ceuta, los barcos con las

fuerzas de Tariq.

Cruzaron los 14 kilómetros de mar entre las antiguas Columnas de Hércules y desembarcaron en la bahía de Algeciras, al pie del Peñón Calpe, que a partir de entonces pasaría a ser conocido como Jabal al Tariq, es decir "el monte de Tariq" (Gibraltar).

Eran unos a siete mil hombres, la mayoría bereberes, acompañados de algunos centenares de caballeros árabes. Cuando estaban todos reunidos, ordenó quemar las naves, arengó a la tropa y prometió vencer por la mayor gloria del Profeta.

El rey Don Rodrigo abandonó la agresión contra los vascos al norte y acordó con Agila una tregua para combatir a los recién llegados. La situación de Tariq se volvió comprometida. Los contendientes unían sus fuerzas, dejando al jefe marroquí con el mar a la espalda y con un ejército mucho menor que el de sus rivales.

El caudillo bereber no se amilanó. Realizó maniobras de diversión; con una gran movilidad y acciones de retaguardia, mantuvo en jaque a los visigodos para dar tiempo al arribo de los refuerzos que había solicitado a Musa.

En julio llegaron cinco mil bereberes; aún sus fuerzas eran inferiores al enemigo, pero un jefe sagaz como Tariq utilizaba también la diplomacia y la inteligencia militar. Comenzó a minar la unidad de los aliados pues sabía que los partidarios de Agila no estaban conformes con la jefatura de Don Rodrigo.

El 19 de julio del 711, los dos ejércitos se encontraron en el sitio llamado por los cronistas árabes Wadi Lakka, en la cuenca del río Guadalete, al noreste de la antigua Gades (Cádiz).

El poderoso ejército visigodo tenía alrededor de 17 mil hombres, estaba bien abastecido y cerca de sus bases. Tariq, aislado, solo podía oponerle 12 mil soldados, pero buen conocedor del arte de la guerra, desplegó sus tropas de forma tal que cubrieran la misma longitud del frente enemigo.

Ordenó priorizar el ataque sobre el flanco de los seguidores de Agila, sabía que los witizanos no resistirían mucho tiempo. Efectivamente, cedieron y abandonaron la batalla, y esto influyó en la derrota de Don Rodrigo.

Por el flanco debilitado, Tariq lanzó el peso de su ofensiva. La infantería berberisca diezmó a los germánicos; con la colaboración de la caballería árabe, aniquilaron a las huestes cristianas.

Murieron muchos nobles, incluso el propio Rey de los visigodos. La batalla del Guadalete causó la desaparición del reino visigodo y fue el prólogo de la ocupación musulmana en la península ibérica.

La gran victoria bastaba para la entrada de Tariq ibn Ziyad al sendero de la leyenda, y constituyó el inicio de una campaña militar de tres años. A los pocos días, en la batalla de Écija, remató a la nobleza goda.

Dejó guarniciones en puntos estratégicos: Málaga, Granada y Córdoba, y a paso de carga se

apoderó de Toledo, la capital del reino visigodo, donde logró controlar el tesoro amasado por siglos de saqueo de los bárbaros.

Tariq ibn Ziyad fue recibido como libertador por muchas comunidades hispano romanas. Estos pueblos estaban oprimidos hacía 200 años por la tiranía de los conquistadores germánicos, explotados por elevados impuestos, sin derechos ni libertades, discriminados y tratados con violencia e injusticia.

En el territorio de Al Andalus islámico que surgía, podrían vivir y trabajar en paz.

Los witizanos coronaron a Agila II y renovaron la lucha en el 712. Tariq se dirigió a Guadalajara y la capturó sobre la marcha. Musa cruzó el estrecho con 18 mil hombres y emprendió el sitio de Emérita (Mérida).

Luego se reunió con su lugarteniente en Toledo en el 713, le criticó el alto riesgo de su avance tan al norte con escasas fuerzas, pero le felicitó por el espectacular resultado.

Juntos continuaron la ofensiva, dominaron la mayor parte de la península; sus avanzadas cruzaron los Pirineos, se asomaron al sur de Aquitania, y en el umbral de Francia desplegaron los estandartes del Profeta.

En el resto de las operaciones, Tariq aplicó su política de utilizar las armas solo en caso necesario, predominó el sistema de pactos y capitulaciones con la nobleza y las ciudades.

El respeto y la tolerancia, manifestados por los musulmanes hacia los cristianos nativos, considerados como ellos mismos "gentes del libro", es decir, de reconocer la Biblia y monoteístas, contribuyó a facilitar la obra de expansión y asimilación en Hispania.

En septiembre del 714, ambos jefes se dirigieron a Damasco, llamados para rendir cuentas al Califa Al Walid I. Nunca se les reconoció debidamente el sensacional triunfo, que agregó una estratégica y rica provincia de 600 mil kilómetros cuadrados al imperio Omeya. Tariq murió, joven aún, decepcionado y olvidado en el 720, año 98 de la Hégira.

Tariq ibn Ziyad al-Layti fue uno de los guerreros singulares de la historia. Estratega, con amplia visión de las circunstancias, ganó sus conquistas con inteligencia y sagacidad. Inició en Iberia una era de esplendor, cuyo legado asombroso enriqueció la civilización humana.

Orgullo del mundo árabe e islámico, en las orillas de Andalucía, centinela del Mediterráneo, quedó para siempre el emblemático accidente costero que lleva su nombre.

Rafael de la Morena es colaborador de Prensa Latina